

## Sistema y clase en los estudios de América Latina

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

Los investigadores sociales de América Latina con un pensamiento progresista y revolucionario, se hallan lejos de haber alcanzado un conocimiento significativo de los problemas que preocupan a las fuerzas en lucha contra la dependencia, el fascismo y el capitalismo. Mientras se ha acentuado la crisis del sistema político y social, dando lugar a los más distintos movimientos progresistas y revolucionarios, la investigación social no ha correspondido siempre a los requerimientos de una memoria y una conciencia que contribuya a impulsar y fortalecer esos movimientos. Muchos investigadores tienen la sensación de que sus trabajos han llegado a un punto crítico, inferior en aportaciones a los de etapas anteriores, con limitaciones visibles, asfixiantes.

Una gran parte de las investigaciones realizadas desde 1960 se refieren a la crisis de la sociedad y el Estado, en forma tal que parecen desplazar la problemática de los movimientos progresistas y revolucionarios haciéndola girar en torno a un análisis del "Sistema" en que los movimientos de liberación, de las masas y de los trabajadores desaparecen con sus actores de carne y hueso y la historia se reduce a las variaciones y mutaciones del propio "Sistema". De acuerdo con esa perspectiva, el Sistema se ha convertido en un protagonista omnipresente y excluyente, en un Leviatán o Behemoth más o menos caracterizado por sus divisiones en clases sociales, e identificado con las clases dominantes.

Todo problema ha tendido a serlo del Sistema, y no ha alcanzado la jerarquía de problema nada que no se refiera al Sistema, esto es, nada que se refiera a la alteración o supresión del Sistema por las fuerzas sociales, políticas y revolucionarias que tienden a modificarlo, o sustituirlo, afirmando e incrementando sus posibilidades de acción efectiva. En todo caso, los actores reales y sus acciones efectivas han ocupado un lugar muy secundario, siempre dependiente, como instrumentos o respuesta, reflejo o conclusión, de los incentivos, fuerzas y lógica del Sistema.

Hoy la mayor parte de los estudios sobre la sociedad y el Estado en América Latina se inscriben en los marcos del "Sistema". Con un lenguaje marxista, estructuralista, o funcionalista, o con una mezcla de todos esos lenguajes, se describe al Sistema y se explican sus estructuras, su funcionamiento, sus contradicciones. Los trabajos que se realizan bajo tal perspectiva tienden a limitarse a estudios sobre tipos, modelos y modos de la sociedad y el Estado dependiente.

La construcción de tipos o modelos se refiere a modos de producción, a subsistemas políticos y sociales, a estructuras de poder, políticas, sindicales, agrarias, a comportamientos más o menos regulares de las contradicciones y desequilibrios y, en el mejor de los casos, a formaciones económico sociales, con sus interrelaciones y variaciones.

En el uso de tipos y modelos, en su elaboración y aplicación intelectual, preocupan al investigador dos problemas principales: el de la clasificación y el de la especificación de los sistemas. Por el primero, la preocupación esencial radica en determinar las categorías más generales en que se inscriben los sistemas latinoamericanos, en identificar el modo de producción o dominación predominante en un país o región, en tomar como referencia los modos de producción y dominación de la historia universal para clasificar adecuadamente a un país, a una nación, o a un Estado. El problema intelectual —o crítico— consiste en saber si se ha clasificado o no correctamente, a los países y regiones y se presenta como un problema de caracterización, supuestamente útil para la acción de las fuerzas progresistas y revolucionarias. Pero aunque al presentar el problema de clasificación como problema de caracterización se manifiestan algunas preocupaciones tácticas y estratégicas, no son éstas las que en realidad ocupan el centro de la argumentación y de la investigación, sino las de una lógica tipificadora, clasificadora y definidora, con lo cual los problemas más relevantes para las fuerzas progresistas y revolucionarias quedan de lado, o merecen un tratamiento oblicuo y opaco.

En cuanto a la especificación del modelo (del modo, sistema o régimen) abarca como procedimiento de investigación un rango que va de la ejemplificación de los modelos, modos o regímenes universales (concebidos a partir de la universalización de la historia europea) hasta la determinación más o menos detallada del modelo, modo, sistema o régimen en un país y una época.

En el primero de estos procedimientos de especificación, el modelo universal se precisa con ejemplos nacionales, regionales, locales. Las categorías universales aparecen encarnadas en los hechos nacionales (estructuras, funciones, acontecimientos) y las clases, grupos e individuos locales sirven para despejar las incógnitas universales, ilustrando la forma en que se da aquí y ahora tal o cual estructura universal, tal o cual hecho, o proceso, o función. El concepto de una sociedad dependiente sin duda tiende a distinguir dos amplias zonas de países, metropolitanos y periféricos, imperialistas y dependientes, pero una vez definido el sub-universo

de la dependencia, la ejemplificación de estructuras, hechos y funciones más particulares y locales opera en la misma forma ilustrativa, de despeje. Las categorías universales, o de la "sociedad dependiente", ocupan un lugar de privilegio —esencial— mientras sus representaciones o encarnaciones cumplen más un papel de comprobación de lo general, que uno real de luchas concretas con problemas concretos, y con categorías sociales e históricas cuyas relaciones, contradicciones y luchas fueran el centro del conocimiento político y revolucionario de la coyuntura, la historia, la sociedad y el Estado.

En el segundo procedimiento de la especificación, inserto en esta perspectiva, aumenta la preocupación por el estudio de las formaciones económico-sociales, e incluso por el estudio de las modalidades y evolución de los conflictos, las luchas, las contradicciones, incluidas las contradicciones de clase. Los estudios específicos histórico-sociales y de ciencia política llegan a alcanzar un nivel de precisión relativamente alto en materia de información empírica e histórica, pero en general tienden por su parte a cosificar los modos, formaciones, sistemas, regímenes, conflictos, e incluso las manifestaciones de la lucha de clases. Aunque la especificación busque el análisis concreto con mayor preocupación, las situaciones y procesos aparecen como hechos naturales de un sistema al que se describe (en un afán de conocimiento científico y crítico), y al que se acepta, en tanto realidad frente a la que se mantiene una actitud "positiva", "científica", en el mejor de los casos crítica, que cabe dentro del orden intelectual y moral dominante incluso cuando es crítica, y a su pesar. La labor de desmistificación, de desenajenación no logra ir más allá de la cosificación del sistema y contribuye muy poco o nada al esclarecimiento de los problemas estratégicos y tácticos de las fuerzas que se oponen al mismo en las luchas de las masas, las clases dominadas y sus organizaciones. Los efectos del "Sistema" y el "Sistema" mismo, son revelados sin que se revelen precisamente —en una misma obra o en dos o más ligadas entre sí— la fuerza o las fuerzas que tienden a destruir efectos y causas del Sistema, ni destaquen como partes activas, como protagonistas, como sujetos históricos de la liberación.

La desenajenación dentro de la cosificación es una liberación crítica que reconoce y denuncia hechos a los que no sabe cómo negar dentro del sistema para liberarse de éste. Bajo tal perspectiva, el investigador no se plantea sino una parte de los problemas de las fuerzas liberadoras: aquellos relacionados con la mistificación y la enajenación de la sociedad y el Estado por las clases dominantes y sus ideólogos. Deja sin embargo de plantearse otros problemas: aquellos que aumentan las fuerzas liberadoras, su acercamiento al poder y sus posibilidades de triunfo. Las graves limitaciones del enfoque —incluso en sus vertientes críticas— se advierten por la fácil comunicación de sus autores con quienes realizan estudios parecidos a partir de posiciones conformistas, formalmente "neutras" ("positivas" y "científicas"), e incluso con quienes aprovechan esos es-

tudios, o realizan otros con posiciones ideológicas abiertamente destinadas a conservar y perpetuar al Sistema mediante el análisis y la manipulación de sus contradicciones. Es bien sabido que los estudios de “contra-insurgencia”, “desestabilización” y “sociología del terror” han llegado a utilizar, en beneficio de las fuerzas más regresivas, los estudios sobre “dependencia”, “clases” y “lucha de clases” de carácter “positivo” y “científico”, y aunque también hayan utilizado los estudios marxistas, revolucionarios, la diferencia principal —colosal— es que éstos han sido infinitamente más útiles a los movimientos de las masas y las clases dominadas, que a los de las élites y las clases dominantes.

La cosificación y sus peligros aparecen con más claridad en los análisis sobre las funciones del Sistema. Como protagonista, “el Sistema” muestra disponer de una serie de funciones que le permiten reproducirse. Aparte de sus características, de sus variables, de sus relaciones cosificadas, el Sistema funciona como un todo y sus partes, con sus estructuras, formaciones, clases, grupos, instituciones. La investigación del funcionamiento del Sistema-protagonista, y de sus relaciones cosificadas, induce al análisis de éstas en lo que tienen de “funcional” o “disfuncional”, de útil o inútil, de afin y contrario a las clases gobernantes, al “Sistema”.

También llevan al análisis de las teorías o ideologías, como coherentes con el Sistema y contradictorias con sus propios postulados. En ambos casos —en la descripción o en la crítica a las descripciones—, la problemática cosificadora está dominada por las fuerzas dominantes del Sistema, y proporciona un conocimiento de utilidad secundaria para los protagonistas de la liberación. La cosificación y la enajenación son sometidas, en el mejor de los casos, a un procedimiento crítico que no las vincula con el sujeto de la liberación ni con las proposiciones teóricas y prácticas de la liberación. Los vínculos con el sujeto de la liberación y con las prácticas liberadoras quedan deshilvanados, sueltos, dispersos, sin una teoría que los ordene y precise de acuerdo con los requerimientos de pueblos, proletarios, partidos y prácticas liberadoras. Lo que es más, como el sujeto (o los sujetos) y las prácticas liberadoras quedan fuera de foco, y, lejos de constituir el punto de partida y llegada de las investigaciones y el análisis, sólo son una parte del sujeto central, del Sistema, la problemática y las proposiciones de los investigadores en poco o nada contribuyen a aumentar el conocimiento y la fuerza de los sujetos liberadores (de las masas, la clase obrera, el campesinado, las naciones en lucha, las organizaciones políticas progresistas y revolucionarias). A lo sumo les proporcionan algunos elementos sobre el funcionamiento del Sistema y de las fuerzas liberadoras dentro de ese Sistema cuyo funcionamiento y reproducción las domina y explota de distintas maneras.

El planteamiento cosificador tiende a conservar el sistema, en tanto estudio sobre las formas que le permiten funcionar para conservarse. Su carácter conservador —a menudo inconsciente y aprisionante— se revela en los estudios sobre las condiciones normales de funcionamiento del sis-

tema, y aparece todavía con más claridad en los estudios sobre las crisis del sistema y la forma en que éste logra superarlas. Cuando el análisis se expresa con un lenguaje marxista, y se practica con categorías surgidas del socialismo científico, obviamente tiende a desmistificar y descosificar parte de la realidad mistificada y cosificada por los análisis estructuralista-funcionalistas, por las corrientes sociológicas empiristas, y por la historiografía de las clases dominantes. Pero nuevamente los mistifica y cosifica. El Estado se revela como una función de las clases dominantes, como un instrumento del imperialismo y la burguesía, o de la integración indiferenciada de uno y otra, como clase dominante sin “enemigo principal”. El gobierno, los gobernantes y los órganos de gobierno aparecen como una función del Estado. El Presidente, el Parlamento, el dictador, los militares, las fuerzas represivas, se revelan como funciones, instrumentos, “brazos” del Estado, de la burguesía, del capital monopólico y el imperialismo. Unos y otros son mediaciones políticas o inmediaciones violentas. Lo que es más, la oposición también es una función del Estado y de las clases dominantes: opera como mediación, y ésta sólo puede ser superada (cuando acaso se alude al problema) por una violencia inmediata, sin que lo sea como conclusión práctica analizada, como proceso precisado de acción con base en la experiencia de derrotas y triunfos, sino como acto de decisión, de valor, de voluntad, a falta de estudios estratégicos y tácticos, de análisis concretos de situaciones concretas, y de luchas liberadas. La oposición política como función de las clases dominantes, no sólo aparece en las distintas manifestaciones de la derecha, sino en las de la izquierda. El Estado controla al gobierno y a la oposición, y la burguesía los controla a ambos. La “burguesía” es como un falso y poderoso Zeus incapaz de engañar al investigador, quien lo ha descubierto y se propone descubrir ante los demás en todos sus trucos de un ser absoluto, permanente, metamórfico, tiránico, que tiene encadenado pero no silenciado al investigador. El investigador anuncia la muerte del nuevo Zeus imperial para un futuro impreciso, y a cuenta de un sucesor también mitológico. Mientras el águila le come el hígado, explica cómo los personajes e instituciones del gobierno y la oposición cumplen —hasta sin saberlo, o como reales cómplices— los papeles prefijados por el Sistema, por las clases dominantes, con “funciones” de conservadores, liberales, fascistas, socialistas, comunistas. En semejante marco cabe espléndidamente el concepto althusseriano de los “aparatos del Estado”. La prensa, la universidad, la familia son meros aparatos del Estado, instrumentos de su verdadero poder.

La noción gramsciana de “hegemonía” es trasladada a una lógica que nada tiene que ver con la lucha por el poder, y se convierte en el camino para descubrir las formas weberianas en que el Estado (y la burguesía) “legitiman” su dominación alternando, en círculo cerrado, la legitimación y la represión, según aumente o disminuya su condición de clase hegemónica, y según lo permitan o impidan los procesos de reproducción

y ampliación del capital y exista la posibilidad o imposibilidad de destinar una parte del excedente a los "costos sociales" de la "legitimación".

El análisis cosificador del sistema, del Estado y la sociedad tiende a una descripción excesivamente mecánica —de aparato o máquina, o brazo, o administración del poder—. La historia real se vuelve instrumental. El sistema como protagonista —o el Estado— es otra vez un absoluto que encierra todas las variaciones posibles para el reajuste de sus mecanismos. Su descripción no incluye su desaparición: depende de su existencia, multimotora e inmovible. La crítica y desmistificación del sistema y los sub-sistemas arremete contra las fuerzas que tienden a destruirlos, considerándolas partes y función del mismo. La inutilidad de la lucha política, ideológica, progresista y realmente revolucionaria —con sus organizaciones, su acumulación y articulación de fuerzas— es la derivada de un "Sistema" omnímodo y de un escepticismo inerme, o sólo aparentemente armado, sólo enunciado como violencia de focos, o de pueblos, o de masas, sin la armadura correspondiente y real de una política de clase.

Toda acción política es considerada parte de la "mediación" y "mediatización" del Sistema, toda alianza o intento de bloque hegemónico por parte de las fuerzas populares y revolucionarias, y en especial de la clase obrera industrial, así como toda lucha democrática y toda lucha anti-imperialista que se libra en el campo político e ideológico es presentada como forma de mediación y mediatización. Todo lo que no sea una confrontación directa contra la clase inmediata amerita la crítica de un "sociologismo" cosificador, izquierdista que en su versión derechista y cínica —"positiva"— contempla también ese tipo de acciones como parte del sistema: de sus "válvulas de escape", de sus "escape goats", y de sus elementos prácticos para una política de "desestabilización".

El carácter ideológico y más profundamente mistificador del análisis aparece en sus consideraciones sobre la crisis del sistema y sus formas de readaptación. El análisis cosificador, con el Sistema como protagonista, revela una ceguera absoluta para advertir que "el rey se muere", así sea lentamente. Registra el tiempo histórico como progreso, como recesión, como ciclo, incluso como contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, o entre formas democráticas y modo de concentración de capital, pero sin plantear la alternativa "socialismo o fascismo", ni menos la alternativa de las largas luchas democráticas y nacionales que llevan al socialismo, esto es, sin considerar la clase en gestación, en lucha por un sistema alternativo, ni las coaliciones correspondientes, ni las formas de pensar y luchar de las organizaciones revolucionarias más directamente ligadas a la clase obrera. En plena crisis, y a veces en pleno despliegue de un lenguaje revolucionario parece otra ideología de la eternidad. El Sistema no tiene un protagonista alternativo con su programa alternativo, con un sistema alternativo, que en el interior mismo del sistema dominante luche por imponerse con una estructura

autónoma de clase, con una lógica de masas, con otra de alianzas, y con otra más de hegemonía propia, de poder proletario, popular y nacional o regional. Los sistemas alternativos a los más son fuerzas contrarias, como potencias y voluntades, fuerzas externas, que invitan a razonar en términos geopolíticos o de "power policy", para saltar de ahí a los razonamientos basados en una voluntad que rechaza y se enfrenta a la realidad inaceptable. Potencia y voluntad alternativa surgen "fuera" del sistema y en oposición al mismo; no surgen de su propia historia, ni están hechas de sus relaciones reales y sociales de lucha.

El análisis académico más frecuente en la izquierda latinoamericana y entre algunos investigadores que utilizan su lenguaje sin ninguna propuesta para resolver los problemas, o luchar por su solución, ha sido ese análisis cosificador con el sistema como protagonista. Un cambio esencial, el del protagonista, tiene profundas implicaciones en toda la investigación (la enseñanza de las ciencias sociales). Cuando el análisis se intenta a partir de la clase obrera de inmediato se transforman absolutamente todos los elementos, cambian de lugar y peso los existentes, y surgen otros nuevos en los que no se ponía atención. Incluso las bases del análisis revelan otra naturaleza histórica, y adquieren plenamente su carácter de relaciones intrínsecas cuyos polos relacionados sólo son significativos en sus luchas, con sus fuerzas, su conciencia, su voluntad. La lucha como relación y la relación como lucha es el eje de todo conocimiento acerca de quienes luchan, de los motivos de lucha, de las formas que ésta adquiere, de sus antecedentes, de sus posibilidades. Con ello la investigación del sistema se convierte en un proceso intelectual cabalmente histórico y político. La clase destinada a imprimir su plena historicidad al sistema, a convertir al sistema en un hecho del pasado, puede manifestarse en forma embrionaria, incipiente, poco estructurada, y sin embargo ocupar el lugar central de ese análisis que no acepta la hipótesis de una clase dominante implícitamente inquebrantable, absoluta, eterna, o para decirlo en términos más laicos, "natural". La fragilidad de la clase dominante como fenómeno "natural", y político, así como sus formas de resistencia "natural" y política destacan con el análisis de la crisis de su dominación y la crisis del sistema dominante, con el auge de la propiedad privada monopólica, con el predominio de las relaciones entre las grandes y pequeñas empresas que llevan a éstas a la quiebra, de las naciones imperialistas y dependientes que llevan a éstas a una situación de déficit permanente y agudo, o de las relaciones entre productores y consumidores, que reducen las economías de mercado y aumentan las empresas sin empleo que ofrecer y los proletarios sin mercado para su fuerza de trabajo, aquéllas sin bienes que vender y comprar en amplios universos sociales, con enormes espacios carentes de capacidad de consumir o posibilidad de trabajar, en una sociedad con utilidades, empleos, consumo limitados a algunas "poblaciones" en que el gran capital, sus asociados, obreros y consumidores se siguen reproduciendo, al tiempo que entre otras —ma-

yoritarias— ocurre un proceso de pérdidas, desempleo, inflación, quebrantador y marginador de empresarios, consumidores y trabajadores. Y esa fragilidad “natural” no opera sin reacciones políticas, anticíclicas, conservadoras, cuyos límites se advierten a la vez en las crecientes contradicciones y desajustes de la estructura económica y social del sistema, y en la evolución de las fuerzas populares y trabajadoras que tienden a luchar contra la explotación, depauperación y represión a que los somete un sistema injusto, irracional, y una clase dominante a la vez poderosa y limitada por su propia situación y por la de las fuerzas que se le oponen en el campo político y revolucionario. En esta perspectiva ni el sistema económico, ni el Estado, ni los sistemas políticos, ni las contradicciones, ni la agudización de las mismas aparecen como hechos o datos naturales, como fenómenos “positivos”. El comportamiento, el curso, la situación del sistema social, o del Estado, su crisis, se perciben como posibilidades, obstáculos y problemas de lucha de las clases explotadas y sometidas, y en particular de aquella —la del proletariado industrial— que no sólo es capaz de enfrentar al sistema y a las clases dominantes enjuiciando la explotación y dominación, sino de substituir el sistema por otro en el que ya no rijan las leyes de la reproducción del capital y de la acumulación privada de excedentes, última herencia de la explotación de unos hombres para beneficio de otros.

La diferencia del planteamiento es obvia. El protagonista es la clase obrera y no el sistema. De la clase obrera se busca saber cómo son sus partidos y organizaciones, cómo sus líderes e ideologías, cuál su historia útil, su experiencia aprovechable, cuáles sus formaciones sociales, y qué relación política y de poder tienen éstas con el nivel de las contradicciones más generales del sistema, con las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción, con las desigualdades, los desequilibrios, las represiones, la enajenación y, en general, las distintas manifestaciones de la crisis. El problema central —político e histórico— es el poder de la clase trabajadora y sus organizaciones en las luchas nacionales, en las luchas sindicales, en las luchas democráticas, en las luchas revolucionarias que profundizan aquéllas y las acercan a la cuestión del Estado, esto es, a cambios realmente revolucionarios del sistema y la clase hegemónica. Se trata de un problema muy distinto al del análisis cosificador, ya se hagan consideraciones políticas o históricas. Como problema de poder, en esta perspectiva toda historia o análisis de la lucha nacional, social, democrática se plantea para un mejor conocimiento capaz de aumentar las posibilidades de acumular fuerzas, de influir en el poder o de tomar el poder llegado el momento. El planteamiento ya no es puramente “científico”, “naturalista”, “positivista” y, en su expresión más profunda, supera incluso los planteamientos de la organización universitaria, científica, académica, lo cual no quiere decir que la universidad, el instituto, la biblioteca nada tengan que ver con esta investigación, y que en todo sea incapaces de abordarla o acometerla.

Como investigación comprometida, sistematizadora de teoría y práctica de pueblos, masas, movimientos y partidos, las posibilidades máximas de descubrimiento y profundización se dan entre los dirigentes y activistas intelectuales, en sus organizaciones y bases. Sólo que para ellos, la cultura universitaria, académica, filológica, sistemática o histórica sigue siendo de sumo interés, sobre todo cuando ésta amplía los tiempos y territorios de las experiencias militantes y de su problemática prioritaria documentándolas y precisándolas. Desde ese punto de vista no hay por ello razón que impida ampliar y precisar —con la historia y el análisis sistemático— los problemas de los protagonistas: clase, nación, masas. Esos problemas, por su parte, dan una nueva luz a toda la investigación, iluminan campos inexplorados, destacan rasgos antes indistintos y opacos, atan cabos sueltos. Curiosamente corresponden, como problemas, a los clásicos de la reflexión política e historiográfica y engarzan con la lógica de poder que ha dejado abundantes textos de filósofos e historiadores, o dramas y tragedias sobre la decisión y la contradicción política. Maquiavelo, Michelet, Shakespeare recuperan su validez filosófica, histórica o dramática; Marx, Engels, Lenin son fuente original de recuperación y superación de las líneas clásicas e idealistas de estudio, y expresión del problema del poder y de la lucha por el poder, dentro de un análisis de clases que si aquéllos no practicaron éstos pusieron al descubierto como problemática del poder y la lucha por el poder —de los hombres productores de una sociedad mejor.

El paso del análisis de sistemas al análisis de clases lleva también a recuperar a otros autores más recientes —como Gramsci—, o más cercanos —como Mariátegui—, entre los clásicos marxistas del siglo xx y de América Latina, y ayuda a profundizar en estudios políticos sistemáticos e históricos ligados a los problemas nuevos y actuales de los grandes dirigentes revolucionarios latinoamericanos, y de las fuerzas y organizaciones que hoy luchan al lado de la clase obrera, de las fuerzas democráticas y los movimientos de liberación. El rescate de la cultura clásica y del análisis de clase insertan al investigador en la historia concreta, actual y futura, y lo dotan de exigencias particularmente rigurosas desde el punto de vista del pensamiento y la acción. La problemática del poder con esa gran cultura humana —y sus expresiones latinoamericanas— presenta al investigador un haz inmenso, vital y actual, de temas y problemas inusitados, que constituyen potencialmente el desarrollo de una cultura superior con honda tradición clásica y ricas posibilidades revolucionarias, dentro de los más variados niveles de aproximación a la actualidad, a la historia concreta remota e inmediata, a los estudios monográficos de organización, estrategia, táctica, y en general a los métodos y formas de lucha de las masas, las clases y los pueblos dominados, en proceso de liberación y creación de un mundo mejor.

Es imposible formular una relación exhaustiva de la rica problemática. Baste señalar aquí algunos de los más importantes problemas, en especial

de aquéllos que son como el revés de los que predominan en el análisis de sistema. *Uno*: la caracterización de la época contemporánea en sus modos de producción y formaciones sociales se revela insuficiente, e induce a estudiar de manera más directa e inmediata el carácter de la lucha de clases, naciones y masas, en su evolución, su situación en los distintos países y regiones, con las diferencias concretas que se dan en unos y otros, según la estructuración histórica del Estado, la profundidad de su crisis, la organización, conciencia y voluntad de las fuerzas en pugna, los objetivos nacionales, populares, de clases y fracciones o grupos que actúan. *Dos*: El conocimiento del mundo contemporáneo interesa como elemento de juicio sobre las posibilidades de la lucha en un país o región determinados, y poco tiene que ver con el propósito de clasificar al país o región en el mundo. El análisis de la situación y evolución más reciente de las luchas y la crisis en el mundo, en los países imperialistas y socialistas, en las regiones dependientes de África, Asia y América Latina, es parte de la conciencia para la lucha local, cuyas relaciones con el resto del mundo son significativas al determinar líneas de acción, en parte alteradas y afectadas por la situación mundial. *Tres*: El conocimiento de las especificidades, variaciones concretas de la crisis económica y predicciones sobre su posible evolución en un futuro inmediato, combinado al conocimiento también preciso de las luchas nacionales, populares y de clase en el país donde se actúa, es problema clave para determinar las líneas de acción a partir de esas especificidades, y sin pensar que todo el proceso histórico-político y revolucionario depende de lo que ocurre en el resto del mundo. En cualquier caso resulta obvia la necesidad de este tipo de análisis de coyuntura y prospectiva, su actualización o ampliación histórica a periodos mayores que aumenten las perspectivas de la acción. *Cuatro*: El estudio de los "ejemplos" o de los "episodios" históricos de un país o un período revela ser con el estudio de "casos" y "conflictos", un instrumento intelectual que adiestra en el conocimiento del poder, como fenómeno en que cuentan hechos y decisiones, secuencias y coincidencias, fuerzas y voluntades que no se pueden desdeñar en su correspondencia con diversos niveles de opción, o de necesidad, individual y colectiva. *Cinco*: El estudio de las estructuras del sistema y sus contradicciones más obvias no se realiza sin vínculos explícitos con las formaciones económico-sociales mediadoras, y con las formas de mediación política e ideológica que constituyen las "bases sociales", la "hegemonía" y el "poder social" del Estado considerado como "sociedad civil", y no sólo como fuerza represiva.

Las "mayorías" mediadoras del poder de la clase gobernante y el Estado se convierten en centro de una reflexión consciente, que en sus análisis no repara sólo en la agudización de las contradicciones, sino en las formas en que éstas aumentan o permiten aumentar las fuerzas de la liberación nacional, de la hegemonía de trabajadores, campesinos, pobladores. A las "mayorías" mediadoras se les estudia y analiza en sus contradicciones más inmediatamente políticas, y en los efectos de sus crisis para el incremento

de las fuerzas de liberación, nacionales, democráticas, populares y trabajadoras. *Seis*: El sistema, la sociedad, el Estado, los regímenes políticos se consideran como campos de lucha, cuyo elemento central, y principal objeto de investigación, está constituido por las fuerzas liberadoras, en cuanto a su magnitud, a su estructuración, a sus movimientos de flujo y reflujo, a sus opciones espontáneas y dirigidas, a sus distintas posibilidades de liberar batallas intermedias que aumenten esas fuerzas, o definitivas que les permitan alterar o superar la estructura del poder y el Estado dominante. El centro de la reflexión ya no es sólo crítica o contestataria. El propósito va más allá del deseo de revelar la verdadera naturaleza del sistema y el Estado. Asume y supera la responsabilidad crítica y contestataria y la vincula con otra política y revolucionaria que descubre los límites conservadores de una crítica y una contestación carentes de la fuerza necesaria para aumentar la propia fuerza, para cambiar la situación una vez conocida, develada, desmistificada. Esta perspectiva corresponde a una lógica que no sólo niega y rechaza, sino crea y moviliza las fuerzas necesarias al cambio, a la liberación, a la democratización, al poder popular creciente, o a la toma del poder y la instauración de un nuevo sistema. *Siete*: En esta perspectiva existe una lógica global, cada una de cuyas partes sólo funciona en relación a las demás. Es una lógica de masas, de autonomía ideológica y política de las organizaciones de la clase obrera, de hegemonía y difusión de los centros de poder popular y liberador en la sociedad civil, y de alianzas y coaliciones, elementos todos sin los cuales resulta impracticable una influencia en el poder o un "asalto al poder", y de cuya fuerza concreta depende el tipo de políticas que se emprendan, de proyectos más o menos ambiciosos y efectivos que se realicen. Dentro de esa lógica varía y relacionada todos los problemas de la lucha política cobran un cariz distinto. No interesa tanto el que el Estado burgués busque "legitimarse" con la lucha "parlamentaria" o electoral, sino la forma en que los partidos revolucionarios y progresistas utilizan las luchas parlamentarias y electorales al tiempo que señalan sus limitaciones.

En el análisis histórico o político, el parlamento y las luchas electorales no sólo aparecen como formas de legitimación de las clases gobernantes, sino como experiencias, constricciones y posibilidades de las fuerzas liberadoras. La lucha contra los regímenes represivos, contra las dictaduras militares, policiales, personales, primitivas, fascistas o neofascistas, interesa como lucha que agrupa en su contra a las fuerzas trabajadoras y a muchas otras de las clases medias y la pequeña burguesía. Interesa como camino necesario para unir fuerzas, y como elemento de avance que permite librar esa lucha —de masas, autónoma, hegemónica, de alianzas— a niveles móviles que tiendan a elevarse, siempre con las masas. La lucha contra las grandes potencias imperialistas, la lucha nacional, alcanzan un sentido semejante, con parecida fuerza, limitaciones, y necesidad o posibilidad de avance de grandes masas para las que la cuestión

nacional corresponde a un arraigado, extendido y familiar lenguaje, y plantea a partir de ese lenguaje familiar, posibilidades de profundización y toma de conciencia de grandes conglomerados humanos, nacionales y regionales. Las luchas sindicales, y las luchas por la tierra encierran —como aquéllas— la posibilidad de dos historias: una en que se queden como luchas limitadas a demandas vitales, económicas, y otra en que se profundicen y amplíen planteando el problema del poder y la propiedad colectiva, del Estado y la autogestión. El hecho de que en el pasado la mayoría de esas luchas —en una etapa de ascenso del capitalismo— haya contribuido a aumentar las bases sociales reformistas y trade-unionistas, no quiere decir que necesariamente desempeñe ese papel en la decadencia y crisis —por larga que sea— del sistema capitalista. Desde esta perspectiva, las contradicciones de las clases gobernantes desempeñan también nuevos y posibles papeles. Por secundarias y tenues que sean las contradicciones de la burguesía nacional y el imperialismo importan como fenómeno político para las lucha democráticas, nacionales, anti-imperialistas y para la política de acumulación de fuerzas y uso de fuerzas democráticas, populares, de liberación nacional, trabajadoras. Si la burguesía nacional fue débil y se perdió, o se integró y sometió, si los Estados dependientes hicieron concesiones y crearon formaciones sociales de apoyo, si los ejércitos y fuerzas represivas fueron entrenados e integrados a la política imperial, si las burguesías y el imperialismo lograron penetrar en universidades, púlpitos, prensa, no sólo es eso lo que interesa, ni resulta aceptable la idea de que todos son sólo brazos, instrumentos o aparatos de un Estado dependiente. Interesa, desde el punto de vista intelectual y político, conocer la historia y evolución de sus contradicciones, de las antiguas y nuevas entre las burguesías periféricas y metropolitanas, de las antiguas y nuevas entre los trabajadores que lograron derechos y prestaciones en creciente deterioro, de las que se manifiestan —con cautela y en formas intermitentes y explosivas— entre militares y clases dominantes, de las que se dan en la Iglesia, la prensa, la universidad y muchos otros campos de lucha, imposibles de comprender con la regularidad de los mecanismos que se mueven como piezas, instrumentos o aparatos sin iniciativa propia. El análisis político e histórico que registra este tipo de variantes, no sólo es más próximo a la ocurrencia y al suceso de los fenómenos humanos sino, por ello, más realista y efectivo. Pero aun ese análisis resulta incompleto si no se da énfasis creciente —en el estudio de la situación y la historia—, a los fenómenos de la autonomía ideológica y partidaria, o de las masas, las fuerzas hegemónicas y los puntos múltiples del poder popular incipiente en la sociedad —civil y política— y al problema, tan desprestigiado en el análisis cosificador izquierdista, de las coaliciones y alianzas, forma única, en la historia universal de la liberación y la revolución, de asegurar cualquier triunfo ya sea en las luchas definitivas o en las intermedias.

El análisis de clase —con la clase obrera como protagonista— tiene que ser necesariamente un “análisis concreto de situaciones concretas”, pasadas, actuales y referidas a un futuro más o menos inmediato, táctico, estratégico e ideal-posible, utópico-realizable. Si una parte importante de ese análisis corresponde al crítico, contestatario y desmistificador del sistema, su perspectiva y problemática es más amplia. El análisis del sistema, en que el propio sistema es el protagonista permite reconocer algunos elementos de las luchas finales —por negación de todas las luchas intermedias— pero para liberar las luchas finales es incapaz de descubrir las intermedias. Su lógica, otra lógica, puede sólo ser aparentemente profunda y revolucionaria: en realidad se le escapan las intermediaciones del tiempo, las mediaciones de las propias masas y de los trabajadores y, en ocasiones, en sus vertientes conservadoras, se le olvida incluso plantear la propuesta fundamental de una alternativa socialista como ideal, como necesidad y como posibilidad. De todas sus lagunas y vacíos epistemológicos es tal vez éste uno de los más notables, y de los que más se prestan a descubrir el carácter ambiguo, oscuro, opaco y mistificador del análisis del sistema con el sistema como protagonista. Si las ciencias sociales en América Latina han de contribuir al conocimiento de la sociedad, el Estado y la liberación, parece urgente su cambio de perspectiva hacia el estudio de las masas, la clase, la hegemonía y las alianzas, dentro de una historia de la crisis cuya única salida humana será a la postre el socialismo que alcancen los pueblos y la clase obrera, tras una larga batalla por la democracia y la independencia nacional. Y para ella las ciencias sociales habrán de reparar en la clase obrera y sus aliados como actores o sujetos principales de la historia por escribir y por hacer.